

Dos demonios en Madrid

Neus Luna



Capítulo 1

La conocen como "la abuelita". Dicen que en sus días buenos puedes encontrarla en su casita de Lanzarote, viendo la televisión o remendando los calcetines de sus nietos favoritos. También cuentan que en sus días malos puedes hallarla en cualquier lugar, pero es probable que no quieras hacerlo. De momento, hoy está esperando en el salón muy tranquila, ansiosa por contaros algo acerca de una historia.

—¡Oh, vaya! Me pilláis por sorpresa, queridos lectores, aquí estaba yo, entretenida haciendo calceta. No esperaba vuestra visita, ¡pero por favor, ponedlos cómodos! Hay un sillón junto a la chimenea para vosotros. Aunque aquí no encendemos nunca el fuego, claro. Demasiado calor. Demasiadas llamas. ¿Os apetece un té o un café?

—No nos queda té, señora.

—Pues bueno, un cafecito entonces.

—Tampoco nos queda.

—Bueno, Igor, pues qué puñ... Quiero decir... ¿un refresquito?

—Mire, eso sí, tenemos la nevera llena de eso. ¿Qué refresco traigo?

—EL QUE SEA, IGOR, EL QUE SEA.

—¿Entonces elijo yo? Bueno, pero no me eche la culpa si pasa algo como la última vez.

—Igor, mi ayudante. Buen chico, pero un poquito... En fin, un buen chico. Dejadme que empiece con la bienvenida a ésta, nuestra historia. No os dejéis engañar por el título, aquí no vais a encontrar un terror cósmico ni una guía para maldecir a nadie. Puede que haya un poquito de cada cosa, pero espero que donde sea que estéis leyendo esta cosa esté calificada como humor. Porque de eso va, de reírse, de ser positivo. Aquí nadie ha obligado a ningún escritor a publicar nada a cambio de riqueza y fortuna.

—Mire, he traído una Poca Cola y una Tanfa de naranja. ¿Lo he hecho bien o he vuelto a equivocarme con las marcas blancas?

—Lo has hecho bien, pero ahora cállate que estoy hablando con los lectores.

—¿Con quién? Ah, ya sé, esos que se esconden detrás de la pared cuatro.

—Igor, ¿tú no tienes cositas que hacer?

—Sabe señora, siempre me he preguntado cómo encontrar esa pared. No es que vaya a romperla ni nada...

—Te lo tengo dicho, la cuarta pared es la que siempre tiene colgado el cuadro de un perrito.

Igor cuenta mentalmente las paredes de la habitación. Una, dos, tres y... ahí está, el cuadro del chihuahua. Los ojos del sirviente se fijan en los del perrito, que lo mira amenazante desde las lentejuelas negras y abombadas. Su conciencia se adentra cada vez más en la oscuridad, atravesando el espacio y luego la realidad, alcanzando la profundidad del abismo de los Antiguos y, en un destello repentino, atravesándolo todo hasta llegar a su destino, hasta llegar a ti.

—Anda, hola. Qué bien, por fin conozco a los lectores esos.

—¡Igor, deja de robarme protagonismo! ¿No te he mandado hace unos minutos a vigilar las descargas del torrent?

—No, no lo ha hecho.

—¡Pues lo hago ahora! Bueno queridos míos, disculpad la interrupción. Espero que os guste mucho esta historia y dejéis buenas valoraciones y comentarios y cosas de esas, que los demonios del éxito no se invocan solos. Y recordad, sed positivos y pasad una buena...

—Señora, se han vuelto a quedar estancadas las descargas en el 99.9%.

—PUES ABRE LOS PUERTOS.

—Están abiertos.

—¿Es qué voy a tener que estar haciendo magia negra todos los días para poder descargarme una maldita telenovela?! Oh, todavía estáis ahí... Bueno, podéis marcharos a leer la historia. Volveremos a encontrarnos en ella, no os preocupéis. Eso sí, una cosa más. Nosotros nunca hemos hablado, no nos conocemos, si os preguntan por mí no sabéis de qué demonio os están hablando, ¿de acuerdo? Hasta otra, queridos míos.

Capítulo 2

La tienda era oscura, polvorienta.

Como tenía que ser.

Una mujer de unos veintitantos se movía intranquila entre las estanterías, posando nerviosamente sus ojos de un libro a otro. Algunos, vetustos, a punto de descomponerse, se mostraban lánguidamente dóciles junto a libros pequeños y frágiles, que convivían alegremente con alguna que otra revista fuera de lugar. Ella quería encontrar un título revelador, una pista de aquello que había venido a encontrar y que hacía ya quince minutos que se le escapaba.

Le habían dicho que allí tropezaría con lo que buscaba: Un conocimiento prohibido que internet había recomendado alejar de su discernimiento, amenazándola con toda clase de vaticinios y sabidurías contradictorias. La dependienta de la tienda de magia cercana le había recomendado olvidar aquello y concentrarse en la magia con velas, pero en el ojo de una gamba de la pescadería local que se encontraba mágicamente al lado de su casa (¡Ley de atracción!) había visto el reflejo de él, de su pícara mirada esmeralda, observándola de vuelta como un recuerdo de otro tiempo. ¡Ah, aquellos ojos verdes, recorriendo los prosaicos pescados congelados hasta llegar a ella! ¡Los mismos que transitaron ese mismo día su cuerpo desnudo, las sábanas de franela de su cama y su emocionado nerviosismo!

Esos ojos de mierda que quería arrancar de cuajo.

Las velas, de momento, seguirían descansando en una estantería del súper.

Sin embargo, de vuelta a la tienda de segunda mano, no encontraba el maldito libro. Una vez más, el motor de búsqueda la había dejado tirada. Ahora tenía que conformarse con el fracaso o preguntar a la dependienta.

La chica giró la cabeza y encontró la mirada de la chica del mostrador chocando con la suya en el éter de la confusión. Como parecía que ya había llamado su atención, no tendría más que preguntar amablemente por aquello que buscaba.

Así que decidió que se marchaba de la tienda.

Pero justo cuando comenzó a moverse, un gran libro negro cayó violentamente ante ella desde lo alto de una estantería gigantesca.

¿Podría ser...?

El corazón comenzó a saltar en su pecho, desquiciado. Algo, desde dentro, desde lo más hondo de su intuición, le advirtió de una perturbación en la fuerza. Su mano, temblando y con personalidad propia decidió acercarse al tomo oscuro que yacía en el suelo. Sus dedos acariciaron el cuero que forraba la tapa por un momento y la garganta, compungida, la obligó a tragar saliva. Entonces cayeron varios libros más sobre el primero, haciéndole un daño increíble en los dedos y partiéndole una uña por el camino.

—¡Uy, perdona, es que los libros nuevos de la sección erótica los tenemos apelotonados y siempre se caen! —exclamó la dependienta que había ido corriendo a su auxilio.

—¿La... Laura? —preguntó a la compradora misteriosa.

—Tatiana —señaló a su vez la otra joven.

Sí, aquel era el mejor momento para reencontrarse con una amiga de la infancia.

—Así que ya estás trabajando. Aquí.

—Sí.

—Ajá.

—¿Y tú, Laura? ¿Qué estás...?

—En paro. En paro estudiando.

—Ah... bueno y... ¿Qué tal con Christian?

—Sí, en paro. Pero estudiando.

—Oh...

—Sí.

—Oh...

—Sí.

—Bueno y... ¿Qué clase de libro estabas buscando? —inquirió Tatiana, intentando cambiar el tema de una conversación que se había reducido

rápidamente al diálogo de una película pornográfica.

—Libros —respondió la otra, con cierto desprecio. Las llamas del instituto parecían seguir ardiendo altas todavía.

Su amienemiga dependienta leyó rápidamente el título del libro negro que aún seguía desmayado sobre el suelo, esperando ser despertado de par en par.

—El regio corcel.

Laura arrebató rápidamente el "imponente potro" de las manos de la otra (¡La otra!) y recogió al azar los otros libros que habían tirados por el suelo, proyectando la mejor careta de dignidad de la que disponía en aquel momento, como si quisiera aparentar que aquellas eran exactamente las obras que había venido a buscar.

Con la cabeza alzada y su "diosa interior" gimoteando patéticamente en algún lugar oscuro de su espíritu, se dirigió hasta la caja con unos cinco o seis tomos versados en romance, ninguno de los cuales había venido a buscar.

—Bueno, ya sabes, podríamos volver a retomar el contacto —brindó la dependienta a su ex amiga, mostrando una aparente ofrenda de paz bajo la mirada semi fenecida, concentrada en evitar la confrontación a la vez que cobraba impasible los quince euros de la transacción.

—Vale —respondió Laura con una sonrisa mientras el eco de un antiguo rencor le desgarraba por dentro.

Y así cayó la tarde, con una joven de clase y apariencia media volviendo a casa con un par de cosas que no necesitaba, apenas cinco euros de presupuesto disponible para comprar la cena en un súper o un bar de mala muerte y un nuevo fantasma del pasado rodando su cráneo. Finalmente, con una barra de pan y algo de embutido, Laura pasó ya de noche por delante de aquella maldita pescadería que quedaba de camino a casa y volvió a ver su reflejo en los ojos de una gamba. Acogido por la luz mortecina, con el escaparte a medio cerrar, el crustáceo volvió a recriminárselo todo. (¡Perdedora! ¡Perdedora que no sabes ni comprar un libro!)

Laura lanzó un suspiro antes de caer sobre el sillón de la salita con un bocadillo triste en la mano. Entre bocado y bocado, echó una ojeada a los títulos que había comprado a causa de su testarudez.

"Sesenta sombras de Grayskull. Maestros del Universo"

Estupendo, un libro copia de otro éxito de ventas. El equivalente de una película Disney hecha por otro estudio con menos presupuesto.

"Trópico de Capricornio"

Bueno, ese no pintaba tan mal.

"Romance en el mar"

Oh, ese ya lo había leído cuando era adolescente. Lo recordaba más por el dibujo característico de la portada que por el contenido.

"El regio corcel"

Sí... maldito libro.

"¡El gran grimorio de las invocaciones ancestrales y el poder del yo interior!"

Laura dio un respingo.

El bocadillo cayó al suelo de forma dramática.

Una espiral verde y roja, salpicada de gotas violeta se extendía por las tapas de cartón de forma vertiginosa, entrópica, como si el diseñador de la portada hubiera perdido el sentido artístico y de la razón al mismo tiempo. Poseído por fuerzas malignas, cualquiera se lo podría haber imaginado maquetando aquello mientras su cabeza giraba como loca en todas direcciones, revolucionando con violencia su pelo castaño y largo, con su corte loco propio de los habitantes de la Nueva Era.

Al final, Laura había hecho algo bien.

Las velas viejas servirían.

No tenía sal, pero sí azúcar, con algunos gorgojos. Desde que empezó las dietas de proteínas había dejado algunos vicios calóricos de lado. Sin mucho éxito, pero ahí estaba la voluntad.

Se preocupó por un momento de su papada incipiente antes de negar con la cabeza y abrir el cajón de los cubiertos en busca de algo afilado. Según el libro, necesitaba una espada mágica o un objeto simbólico destinado para tal efecto; el cuchillo jamonero serviría.

¿La toga ritual? El albornoz del baño.

Unos dibujos con el azúcar aquí y allá, nada demasiado difícil. El círculo estaba completo.

Finalmente, una gota de sangre.

En las películas parecía muy fácil, uno sólo necesitaba pasar la hoja sobre la tierna piel de la mano y el río rojo de magia brotaría al instante. Pero en la vida real, sólo con pensarlo se ponía mala, así que un poco nerviosa, teniéndolo todo ya preparado en el salón fue a buscar una chincheta.

¿Con una gota bastaba no?

Pero por mucho que pinchaba el dedo, lo único que salía de él era dolor.

Dolor y desesperación, a medida que ella pinchaba cada vez más fuerte.

Cuando por fin salió algo rojo, Laura rió aliviada (y desquiciada) e intentó hacer que cayera una gota sobre los dibujos del círculo.

No cayó nada.

La chica se miró el dedo, enfadada, dispuesta a culpar a su cuerpo de aquel experimento fallido, conteniendo algunas lágrimas.

—Venga ya, coño, que llevo un rato largo esperando.

Laura ahogó un chillido ante aquella que voz había resonado dentro de su cabeza, proveniente de ninguna parte.

Aunque pareciera paradójico, la posible existencia de un demonio, escuchando al otro lado del círculo de sal de azúcar con gorgojos la aterraba en extremo. Quería maldecir a su exnovio, sí, había pasado muchas noches dándole vueltas a la idea pero ahora, que la posibilidad de una voz había cruzado la frontera de su ciencia, notaba que se derrumbaba. Toda ella.

Al fin y al cabo, no es lo mismo creer tibiamente en demonios que verlos en tu salón de repente.

Retiró la mano del círculo, inquieta, pero entonces, una pequeña gota roja escapó de su dedo.

El vecino de abajo encendió en aquel momento su estéreo y la música discotequera irrumpió en la habitación desde abajo, como si Ibiza estuviera remontando la medianoche desde las entrañas de la casa. A medida que el ritmo de la canción crecía en velocidad, el ambiente del salón comenzó a pesarle en los hombros, a estar cada vez más cargado, como un aspirante a bailarín que toma más y más drogas antes de derramarse en la pista. Las llamas de las velas se alzaron titánicamente un momento y la voz que llevaba la melodía desde el piso de abajo llegó al apogeo en un grito desbocado desatando los tambores machacones.

Y allí apareció.

—Holitas —dijeron unos labios de cabra antes de ensancharse en una sonrisa gigante.

Capítulo 3

Laura gritó con todo el poder de sus pulmones llevando las dos manos hasta sus mejillas, en una estampa clásica de las obras de terror.

Tres golpes en la puerta de entrada la hicieron volver a chillar. Sus rodillas fallaron y la hicieron caer al suelo, arrodillándola ante la perversa figura que tenía ante delante.

—Ábrele, que es la vecina de arriba —dijo el demonio.

La chica asintió con la cabeza y se apresuró a cumplir su orden sin pensarlo.

Tras la gruesa puerta de caoba, los pequeños ojos azules de la vecina la miraban desde unas elegantes gafas a juego.

Cuando el portal estuvo abierto, la señora, que llevaba puesta su nostálgica bata rosa, echó una mirada rápida al apartamento, juzgando todas y cada una de las cosas que había en ella a la velocidad de la luz.

Sus ojos se posaron en el demonio que había en el salón en último lugar. Lo miró de arriba abajo con cierto desprecio. Su mirada se achicó sospechosamente, volvió a abrirse y finalmente, retornó al punto de partida antes de volver a afilarse.

Se produjo entonces un incómodo silencio.

—Eres lesbiana —sentenció la señora de repente.

La cara de Laura se descompuso durante un momento antes de preguntar.

—¿Qué?

—Sí, esa amiga tuya. Es amiga tuya. Está en tu casa así que es amiga tuya.

—¿Qué?

—Amiga especial.

—¡No!

—¿Qué sois, feministas de esas?

—¿Qué?

—Sí, feministas. O hippis. Hippis lesbianas feministas.

—¿Qué?

—¿Por qué siempre me preguntas lo mismo niña, estás tonta? Estás drogada. ¿Tomas drogas?

—¡¿Qué?! ¡No!

—No tomas drogas.

—¡No!

—Entonces estás alcoholizada. Qué vergüenza —dictó finalmente la señora, ajustándose el cinturón de la bata y mirando de medio lado.

Laura intentó recomponer el puzzle de su cabeza durante un momento. Miró al demonio, que le saludó poniendo los brazos en jarras y moviendo las caderas. Luego abrió la boca para sacar una lengua larga, larguísima, que le llegó hasta casi la cintura.

Era evidente lo que era.

—¿Por qué piensa que somos lesbianas feministas? —preguntó finalmente la chica, desconcertada por un nuevo tipo de enemigo.

—¡Uy, mira los pelos que lleva esa en las piernas! —exclamó zalameramente la señora cruzando los brazos.

Antes de que la inquilina del apartamento pudiera argumentar nada más, una figura salió de las sombras que rodeaban el descansillo y se colocó al lado de la vecina.

—Que pasa, yaya.

Era Armando, chico guapo oficial del edificio y su amor de toda la vida desde que había tenido conciencia.

—Hola Ar... Ar... —balbuceó Laura.

—¿Qué qué pasa? Esta niña, que está alcoholizada. Y está viviendo con su novia hippy, mírala, allí está, con esos pelos —la yaya pegó un gritito antes de irse sin mediar otra palabra, de repente y a lo loco.

Armando miró al demonio que había en medio del salón. Sus párpados bajaron en señal de sospecha, volvieron a abrirse. Sus manos, que

cargaban dos grandes bolsas de basura temblaron por un momento.

Abrió los labios y se quedó un momento así, antes de volver a hablar.

—Vale que seáis lesbianas. Me sorprende, pero vale. Pero ir por ahí enseñando los pechos y sin depilar, es de guarras —sentenció, antes de desaparecer escaleras abajo.

Laura cerró la puerta lentamente.

La música discotequera seguía fluyendo desde abajo.

Sólo un pensamiento cruzó en aquel instante su conciencia.

¿Enseñando los pechos?

Se giró. El demonio, con cara y patas de cabra tenía dos pechos gigantes al aire.

—Ay por favor, cuando me invocaban en la edad de piedra me acomplexaban menos.

—Dios mío...

—Ay, chica, que soy un demonio.

—Perdón.

—¿Qué pasa? ¡Sólo están ligeramente caídos! ¡Que tengo más de mil años!

—Me distraen —confesó finalmente la mortal.

El demonio la miró por un momento antes de echar una carcajada maléfica.

—Pues nada, préstame un sujetador, que tenemos que hablar de cosas importantes y no puedes distraerte. Pero de Victoria's Secret no, que sus modelos son ángeles.

Laura afirmó con la cabeza.

—¿Lo pillas? ¿Ángeles?

—Me voy a desmayar ahora.

—¿Qué, ahora, pero...? Joder con la niña. Pues para la gotica de sangre que me has hecho no deberías desmayarte tanto. Por favor cuanto drama.

Tras escapar de un nubarrón negro, los ojos de una joven se abrieron de nuevo en un barrio de Madrid.

Laura estaba acostada en su cama, envuelta aún en el alboroz de la ducha y la confusión. ¿Qué había pasado? Recordaba un libro negro, amigas de la infancia, patas de cabra, el chico que le gustaba ya no le gustaba tanto, una señora en bata rosada volando sobre el castillo de Drácula al ritmo del mejor Italo Disco noventero. Y un demonio. Un demonio real.

Se levantó de la cama en un acto involuntario.

¿Había soñado todo aquello o...?

Algo en su apartamento era diferente, pero todo parecía tranquilo.

—¡Coño, un bocadillo de jamón!

Lo había oído. Estaba segura, había algo en el salón. No había sido un sueño.

¿Verdad?

Agarrando fuertemente la lámpara, que le costó quitar de encima de la mesa porque aún seguía enchufada, se dirigió sigilosamente hasta el salón, con el corazón en un puño.

Y allí lo vio, devolviéndole la mirada, con sus patas de cabra, comiendo un bocadillo y con un sujetador que reconoció como propio.

—¿El sujetador? Espero que no te importe, como estabais todos tan pesaditos con el tema... Uf, ¿No tienes una talla más grande? Se me sale la carne por todas partes. Oh y te he cogido la laca de uñas naranja para pintar las de mis pies. Tengo patas de cabra pero unos pies humanos bonitos, a que sí.

Laura corrió rápidamente hacia el libro negro que descansaba tirado en el suelo y en un acto de valentía inusitada para ella lo abrió, confiando en encontrar las palabras correctas para echar de allí aquella presencia

maligna.

—¿Qué haces, loca? —preguntó el demonio, mascando los últimos trozos de bocadillo tranquilamente.

—¡He cometido un error pero voy a subsanarlo ahora mismo! ¡Voy a desconvocarte! —exclamó la aprendiz de maga, con tono decidido.

—Uy, subsanar, que palabra más importante... Y desconvocarte, puf, toda una literata.

Laura abrió el viejo libro negro y comenzó a leer.

—¿Qué, no ibas a pronunciar un conjurito o algo?

La chica no respondió.

—Venga, dilo. Di lo que pone en el libro —volvió a retarla el demonio, amenazante.

Ella siguió en silencio.

—Que. Leas. Lo. Que. Pone.

Laura no encontró fuerzas para oponerse a aquel mandato, que parecía haber sucumbido su voluntad propia sin trabajo alguno.

—Su pene erecto brilló en la noche —Laura había abierto el libro equivocado y leído en voz alta la parte más interesante de "El Regio Corcel".

El diablo rió a carcajadas, divertido.

—Eso te enseñará a no juzgar un libro por la portada, mortal —decretó, esbozando una sonrisa maliciosa —Ahora deja de hacer el idiota. Tenemos cosas de las que hablar.

Capítulo 4

—Así que quieres deshacerte de tu exnovio —dijo el demonio con seriedad. A pesar de todo daba la impresión de ser un profesional excelente.

—S-Sí... eso creía... —respondió la mortal.

—¿Creías? Hay cosas que una vez las empiezas no hay marcha atrás. Ahora vamos a tener que matar a alguien, yo no vengo a este mundo para nada.

—Y-Ya pero...

La chica parecía poco decidida. El demonio intentó comenzar una charla más casual para romper el hielo. Se recostó en el sillón adoptando una postura más relajada, pero la chica pareció hundirse más en el suyo.

—Bueno y entonces ¿Cómo decías que te llamabas?

—Paula.

—¿Seguro?

—Sa-Samantha, me llamo Samantha.

—Que nombre tan... uh, inglés ¿no?

—Laura. Me llamo Laura.

—Eso está mejor. Encantado, Laura. Yo soy Sebastianel. Me conocen por otros nombres, pero ese es más oficial.

—Vale.

—No me llames Sebas, suena a "sebo" en español y me da grima. Sebastian está bien. Sin acento en la "a".

—Vale.

—Pues lo que te decía... Soy el demonio del asesinato, la mentira y la traición, encantado. No soy tan malo, no pongas esa cara. ¡De vez en cuando hay que cortar algunas malas hierbas! Ya sabías a quién invocabas cuando leíste el libro ¿no?

—Um...

—No lo leíste con verdadera atención ¿eh?

—Estaba enfadada.

El vecino de abajo volvió a poner la música, esta vez a todo volumen.

—Ugh. ¿Conoces al vecino de abajo? —preguntó el demonio a una aterrorizada Laura.

—Um... no mucho.

—¿Te cae mal?

—Ni bien ni mal...

—¿Pero tirando a bien o a mal? ¿Sabes si tiene un gato? —inquirió Sebastianel, cambiando la postura.

—No, no tiene gato.

—Ah bien. Apaga. La. Música. Tírate. Por. El. Balcón.

Un grito resquebrajó la noche, seguido de un estallido repentino de cristales.

—Ah, se me olvidó decirle que abriera la ventana antes de tirarse. Bah. Mortales.

Laura se encogió sobre sí misma y se hundió en el sillón aún más, con la tierna esperanza de que se la tragara la tierra.

—Bueno, a lo que iba, que hay que matar a alguien y eso. Tranquila, que yo te ayudo, un diablo viejo siempre tiene muchas cartas para jugar.

—¿A-ayudarme? ¿Tengo que matarlo yo? Pero...

—¡Pues claro! Hija, tienes que leer con atención las cosas. Yo no puedo intervenir directamente en este caso.

—¿N-no?

—¡No! He estado vigilando a tu ex y tiene un gato.

—S-Sí, Señor Bigotitos.

—Bueno, pues Señor Bigotitos interfiere con mis poderes.

—Espera, dices que estuviste vigilándolo pero... ¿Cuándo? ¿Cuando estaba yo inconsciente?

—Nah, puedo estar en dos sitios a la vez. Bueno, al menos durante unos minutos. Por cierto, que el chico tiene un ligero problema de higiene ¿no? Porque le he robado unos calcetines y que me he dado cuenta de que apestan.

—Espera un momento... interferir con tus poderes... pero tengo que hacerlo yo ¿no? No entiendo...

—Bueno, no te preocupes, que te ayudo.

Algo dentro de ella le gritó que huyera, que saliera corriendo y olvidara todo lo que había visto. Una pieza no terminaba de encajar en el puzzle.

—¡Eh! ¿Qué te parece si empezamos mañana? —preguntó alegremente Sebastianel, levantándose del sofá con brío y entusiasmo.

—No estoy segura de querer matar...

El demonio puso una mano en el hombro de la chica. Tan pronto como notó el contacto, todo su brazo pudo notar el calor extremo que emanaba de Sebastianel.

—Oye, he visto lo que te ha hecho ese chico. Se merece todo lo que le pase —apuntó el diablo, con voz dulce.

—Pero la muerte me parece ahora un poco... un poco extrema
—respondió ella, tragando nudos.

—Se. Merece. Todo. Lo. Que. Le. Pase.

—Se merece todo lo que le pase -ahora sí, la chica parecía completamente convencida.

La noche que siguió fue extraña.

Laura llamó a una pizzería por petición expresa de su nuevo y fabuloso amigo (¿Quién podría decirle que no?) y pidió una grandiosa cantidad de

comida, aún a pesar de no saber con seguridad si podría o no pagar. Sebastianel, tras notar su preocupación le dijo tranquilamente que no se inquietara por eso. Cuando vino el repartidor, el demonio apareció de repente detrás de la chica y sacó una tarjeta de crédito de color negro.

El chico, sin inmutarse, pasó la tarjeta por el lector portátil que llevaba consigo, le entregó una factura y se marchó a paso ligero.

Todo bien.

Cuando ya estaban tomando tranquilamente los helados, el demonio retomó el tema de hacía unas horas.

—Oye, que he pensando en envenenarlo —dijo entre cucharada y cucharada de helado de plátano.

—¿A quién?

—A tu ex.

—Um.

—¿Um? ¿Um qué? —preguntó Sebastianel molesto.

—Que no estoy segura de...

—Oh, venga ya, nadie va a enterarse, para eso estoy yo aquí.

—¿Y no hay castigo... um... kármico? ¿Divino?

—Egh. ¿Hay castigo kármico para dictadores asesinos que mueren ricos, en paz y rodeados de familia?

—No siempre...

—No siempre, no siempre... Pues ya está, eso me vale. Pero ya te digo que nadie va a castigarte por algo como esto, tranquila. Oye por cierto acabo de caer en la cuenta. ¿Vives sola o qué?

—Sí. Estaba viviendo con... con él... pero... bueno.

—¿Y no tienes familia?

—Sí, pero no me toman mucho en cuenta. Me ayudan a pagar el piso, eso sí. Me gusta vivir sola, no creas que no. Pero estaba pensando en volver a casa y eso el mes que viene... Se me acaba el dinero y bueno...

—No vuelvas a casa si estás a gusto aquí. Este mes me aguantas de inquilino y yo te lo pago todo, que soy generoso —dijo el demonio, echando un brazo por encima a la chica, que ahora parecía, además de aterrada, un poco triste.

A Laura no se le escapaba el hecho de que el trato era demasiado bueno para ser verdad, pero lo dejó pasar. Ya tenía demasiado miedo en general como para preocuparse también por los detalles.

—Entonces mañana vamos a casa de tu ex y le envenenamos la comida ¿no? —dispuso Sebastianel con entusiasmo.

—Yo... no sé...

—Que sí, que sí, que yo hice un curso de alquimia y controlo. Lo que nos vamos a reír cuando le den diarreas.

—Um...

—¡Oh! ¡Y vayamos también a la librería a por tu examiga! La envenenaremos también.

—¡No! —exclamó la joven, desconcertada, sobresaltando un poco al demonio, que retiró el brazo que tenía sobre sus hombros hacía un momento —No más muertes, por favor...

—Tranquila, tranquila. No la matamos entonces.

—Bueno... bueno vale.

—Tengo un veneno que la hace engordar muchísimo. Verás que risas.

Laura lo miró con sorpresa. Pero algo dentro de ella, algo no tan maligno como el asesinato, pero si un poco retorcido, no le permitió decir que no a aquella propuesta.

—Y de paso nos pasamos por una tienda a comprarme un sujetador decente, por favor, que este me las aplasta.

Capítulo 5

Sebastianel se puso de pie e intentó regular la prenda sin éxito.

—¡Me queda pequeño! Me hace tetas de tortilla. Mira, si me lo quito tengo tetas de pera. Me lo pongo, tetas de tortilla —el demonio llevó sus manos peludas, coronadas por unas amenazantes garras casi inhumanas hasta su escote y empezó a apretarlo y a dejarlo caer. Los pechos, grandes, le caían hasta la cintura, ocultando gran parte de su vientre —Tetas de pera. Tetas de tortilla. Tetas de pera. Tetas de tortilla.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó la chica intentando apartar la vista.

—¿Eh? Ah, yo los distraigo y tú le pones el veneno en la botella de agua o lo que sea. Tetas de pera. ¿O no? Hum. Oh, están caídas. Cuánto me acompleja el mundo mortal.

—No, no me refiero a eso —indicó Laura.

—¿Entonces? —preguntó el demonio levantando la mirada.

—Me refiero a cómo vamos a entrar en las tiendas, siendo tu... um... teniendo ese aspecto.

—¡Oh, eso! —él rió un poco por lo bajo- No te preocupes por eso.

Sebastianel se inclinó sobre ella, incomodándola ligeramente y se tapó la cara con las manos. Sus pechos desnudos temblaron ligeramente al hacerlo.

—¿Preparada? —preguntó.

—¿Preparada para qué?

Él se limitó a reír bajando lentamente las manos por su rostro.

Laura creyó ver ciertos cambios sutiles bajo las garras monstruosas mientras Sebastianel realizaba su espectáculo, pero por algún motivo no pudo concentrarse bien en lo que estaba viendo, como si todo aquello fuera el recuerdo de un sueño salvaje que cuesta recordar bien por la mañana.

—¡Bú! —exclamó el demonio, apartando las manos de repente y mostrando el resultado de su magia ante la hasta entonces, inocente chica

que luchaba para ser tragada por el sillón.

El rostro, era, por supuesto, soberbio. Los labios, delgados, parecían perfectamente esculpidos sobre alabastro, al igual que la nariz recta y la forma de sus ojos, cuya mirada azul desprendía una curiosa mezcla de picardía, severidad y la arrogancia propia de un tirano. En conjunto, el retrato parecía un tanto andrógino, terriblemente hermoso y desconcertante, propio del vástago ilícito de un bufón y la reina más estricta.

—Dios mío.

—Esos modales —reprendió él haciendo una mueca con los labios, ligeramente molesto.

—Um.

Sebastianel sonrió y continuó con su espectáculo, pasando las manos por su cabeza, que seguía siendo parcialmente la de una cabra. Removió el pelaje animal con gestos exagerados y a medida que el cráneo se tornaba más humano, una larga cabellera negra cayó ondulada sobre sus hombros. Siguió recorriendo su cuerpo no sin cierta pompa y en pocos segundos desaparecieron los pechos y las patas de cabra, dejando al descubierto el cuerpo perfecto de un joven de veinte años.

—Mola, ¿verdad? —preguntó a la chica que ahora estaba evitando mirarle la entrepierna —Si me caes bien, te enseñaré a hacerlo a ti también.

—¿En serio?

—Ah, ahora no te parece tan mal que sea un demonio, eh. Puf, mortales, superficiales hasta la médula —se quejó él, cruzándose de brazos de una forma muy semejante a la de la vecina de arriba.

—Lo siento...

—Bueno, pues nada, tú ve a descansar que yo me quedaré aquí preparando el veneno y viendo la tele, a ver que ponen. Me gusta tener ruido de fondo mientras trabajo —dijo él, sentándose de un salto en otro sofá y apoderándose del mando.

—¿Los demonios no dormís?

—¿Uh? Ah, sí. Pero no esta noche.

—No sé si voy a poder dormir... —confesó la chica encogiéndose sobre sí

misma.

Sebastianel la miró de arriba abajo y exhaló un suspiro.

—Duérmete. Ahora.

Laura cayó de lado y quedó dormida al instante.

—Eh, despierta, Laura. Lo tengo todo listo, vamos a cebar a tu amiga y a matar a tu novio.

La chica sólo pudo responder con un gemido largo y ronco.

—Que me encanta a mí hacer estas cosas, oye. ¿A ti no?

Gemido ronco seguido de algo parecido a
"nomepagesemogalmentecofpfefefto"

—Bien, así me gusta. Por cierto te he cogido algo de ropa de tu armario. Ahora el sujetador me queda perfecto ¿No es maravilloso?

Laura se levantó de pronto, con el pelo alborotado.

—¡No! —exclamó, asustada pero a medio despertar.

—Coño que susto. Venga, venga, despierta que ya tengo esto preparado. Vete a la ducha.

—Oye... —la chica intentó decir algo, pero estaba un poco dormida y olvidó sus intenciones a mitad de la frase. De cualquier forma, dijera lo que dijera, tenía la impresión de que en aquel momento no tenía elección alguna tampoco —Nada. Déjalo, da igual. Pero esa camiseta...

—Sí, es tuya, ya te lo he dicho. Estamos espesas esta mañana.

—Pero... no tiene mangas y...estamos en invierno.

—Amiga... soy un demonio. Me muero de calor todo el tiempo —declaró Sebastianel, haciendo como que se abanicaba con las manos. Luego, de los pantalones que llevaba puestos, sacó dos frasquitos llenos de un

líquido oscuro —Vamos, vamos, no me digas que no estás ilusionada.

—Esos pantalones me los regaló mi abuela—dijo Laura un tanto triste.

—Pues oye, que buen gusto tiene. Mira, por detrás son vaqueros y por delante, de tela de cuadros. Si no fuera un demonio diría que estoy... divino.

Sebastianel rió por lo bajo antes de levantar la comisura derecha del labio y mirar a su invocadora de forma arrebatadora.

—Dios mío estás loco...

—Y tú invocas demonios sin leer bien las cosas antes y después cambias de opinión. Menos mal que me invocaste a mí y no a Tristan.

—¿Tristán?

—Tristan. Sin acento.

—¿También le roba los sujetadores a las chicas para ponérselos él?

—bromeó ella, de forma inocente.

Se arrepintió enseguida de haberlo hecho.

La mirada que le dedicó el demonio estuvo a punto de partirla por la mitad, hacer que aparecieran gusanos en su cuerpo maltrecho y comenzaran a devorarla mientras aún seguía viva, gritando en agonía.

—Vístete ya —ordenó él, con tono autoritario.

Sobra decir que Laura estuvo completamente lista en quince minutos.

Capítulo 6

Cuenta la leyenda, que si paseabas a las diez de la mañana por un barrio de Madrid concreto, podías encontrarte un alma errante, asustadiza y ojerosa, compartiendo acera con un chico de pelo largo, estupendo y maravilloso, ataviado con una camisa de esas de rotos estratégicos, que dejaba entre ver de vez en cuando, el sujetador color carne que llevaba debajo. También dice, que si te adentras en una calle tan estrecha y empinada que parece más una madriguera que otra cosa, encuentras una tienda de libros de segunda mano que promete tener de todo entre sus estanterías, por muy raro que sea.

Sí, incluido ese libro en el que estás pensando ahora.

Y entonces, en ese remolino en el que las leyendas y la realidad se entrelazan en una historia ficticia, se abre una puerta chirriante, de metal, que conecta la tranquila mañana de una dependienta con el momento más extraño de toda su vida.

El día en el que Laura aparece allí como una quimera.

La dependienta, limitándose a saludar con una sonrisa, desvía rápidamente la mirada.

—Bueno, ahora te acercas y le echas el venenito en la comida, verás que risas —susurra el chico de ojos claros a su nerviosa acompañante nada más entrar.

—¿Qué comida? —preguntó Laura, a la que le costaba poco entrar en pánico.

—Pues cuando vaya a almorzar, nos quedamos por aquí un ratito haciendo el tonto hasta que sea la hora y aprovechamos.

—No va a salir a almorzar —vaticinó la joven.

—¿Y eso? ¿La conoces bien o ahora tienes clarividencia?

—No, es que ella no come los viernes. No lo hace desde que estamos en el instituto.

—¿Es... algún tipo de religión? —murmuró el otro.

—No, es su... dieta. Los viernes no come y los domingos sólo toma arroz.

Justo en ese momento, Tatiana sacó de debajo del mostrador una bolsita rosa transparente, que dejaba ver en su interior la forma de un sándwich

envuelto en papel de albal. El olor familiar de atún enlatado inundó por un momento la parte frontal de la tienda, antes de que la chica sacara una lata de refresco del mismo lugar.

—¡Pero... pero si fue mi mejor amiga durante quince años y siempre, siempre, siempre comía de esa forma! —balbuceó la joven.

—Hay dietas que no puedes mantener para siempre —declaró Sebastianel antes de echar condescendentemente el brazo por encima de Laura, quien seguía atónita.

La mirada de Tatiana voló por la tienda a la velocidad de la luz, un cohete supersónico ultra moderno surcando un espacio cargado y confuso como nunca antes nadie hubiera visto, cuyo lanzamiento había sido programado por una imagen alucinante que le había llegado por el rabillo del ojo.

—Ah, pero que ese es tu novio.

La frase cayó como una piedra.

—Soy. Su. Novio. Créetelo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Laura, deshaciéndose de él en un gesto espontáneo, sonrojada.

—Bueno, a ver —comenzó a decir él, bajando la voz —Es evidente que esa mortal está fascinada. Concretamente, fascinada con mi presencia a tu lado. Ya sabes, la típica historia del guaperas que sale con la chica del montón y se enamoran y entonces es como un hombre trofeo pero no podemos verlo así porque hay un entramado de sentimientos, eh, un tanto superficiales si me preguntas a mí pero...

—¿Chica del montón? —preguntó Laura, un tanto afectada.

Sebastianel lanzó un suspiro y abrió los brazos.

—Vamos, no es lo que yo opino. Sois vosotros, los humanos, los que empezáis a catalogar cosas y os acabáis catalogando unos a otros. Yo sólo soy un pobre diablo.

—Eso soy. Una chica del montón...

—Sí, del montón de bolsas de carne que están fabricando orina y pus durante todo el día, mientras las bacterias le ayudan a hacer la digestión, venga ya. Ah, mira, si eso te anima... te diré que me pareces igual de... uh... sucia que el resto de los mortales. ¿Contenta?

Sebastian el esbozó su mejor sonrisa y levantó los hombros, esperando una respuesta entusiasta y positiva de aquella mortal.

—No, no estoy contenta.

—Vale, estás mal, lo entiendo ¡Vamos a echarle esta cosa a tu amiga en la Fanta para animarnos! ¿Eh? ¿Eh?

La chica del mostrador, que no podía entender lo que susurraban aquellos dos buscó con cierta lentitud su móvil dentro del bolso, activó los datos y comenzó a escribir algo con sus pulgares a toda velocidad.

—O si lo prefieres en el atún, da lo mismo, pero si tenemos suerte igual después también apesta a pescado. ¿Qué me dices?

Laura se quedó pensativa durante un momento. La idea de maldecir a tus enemigos es tentadora, pero cuando tienes la posibilidad de llevar a cabo los hechos en la realidad...

—No sé si quiero hacerlo, ella es inocente...

—Te robó tu primer novio.

—¿Cómo sabes...? No me lo robó, fue un malentendido.

—¿Lo de contarle a tus profesoras que falsificaste aquel examen también lo fue?

La chica se quedó sin habla.

—Las burlas cuando te vio en bañador por primera vez, las críticas a tus espaldas, cuando le dijo a todo el mundo que eras un polvo fácil... Oh, ¿Quién crees que te robó aquella Gameboy, palomita?

—¿Palomita?

El demonio sacó de su bolsillo la botellita de veneno de forma disimulada y se acercó mucho a ella, de forma que pudo sentir en sus mejillas su aliento cálido.

—Ah, perdón por el paternalismo. Vamos a darnos una vuelta por el lado salvaje y a reírnos del mundo desde las llamas. ¡Mi lugar favorito! Y acabará siendo también el tuyo, sólo dame una oportunidad...

—No sé sí...

—No sé, no sé, me minas la paciencia. ¿Qué tienes, miedo al castigo? ¿Qué te crees, que tienes un seguro divino contra accidentes y desgracias,

que si no haces nada malo nada te pasa? Porque créeme, el hospital está lleno de gente buena...

—Está bien. Lo haré —respondió ella, convencida tras un breve momento de reflexión.

Al cabo de unos instantes, Laura se acercó al mostrador de la tienda con un libro en la mano. Su amiga, que no había tenido tiempo aún de comerse el sándwich de atún, le pidió permiso un momento. Cuando iba a dar el último mordisco, Sebastianel intervino.

—Desmáyate. Un. Ratito.

La chica cayó al suelo como un saco de patatas. Estuvo inconsciente un momento, el equivalente de un breve suspiro cósmico, que fue sin embargo tiempo suficiente para que el veneno acabara esparcido sobre el atún.

—¿Qué... que hago en el suelo? —preguntó, al volver a abrir los ojos.

—Ibas a darme una bolsa de esas que tienes en la parte de abajo del mostrador y creo que te has resbalado —respondió Laura con astucia.

—Ah. Claro, perdona. Enseguida te cobro —se apresuró a decir la otra, pasando el código de barras del libro por el lector —Son tres euros.

—Gracias.

—Oye, Laura, antes de que te vayas... —comenzó a decir Tatiana, con voz trémula.

—¿Sí?

—Creo que... que no es buena idea que volvamos a hablar. El pasado es pasado y tú y yo no acabamos muy bien y... creo que es mejor dejarlo estar. Borra mi número, ¿sí? No lo digo a las malas.

Los ojos de Laura se abrieron de par en par, dotándola de una increíble expresión de locura. Tatiana adoptó una leve postura defensiva, un tanto alarmada.

—¡Claro! —exclamó finalmente la otra.

—Bien, entonces... Cada una por su...

—¡Excelente! ¡Considérate borrada!

—Nos veremos en la tienda si quieres, sólo pienso que no deberíamos...

—¡Lo sé! Tranquila mujer. Tranquila. Muy tranquila.

Laura salió caminando hacia atrás de la tienda, con la sonrisa todavía grabada a fuego en su cara de locura infinita.

Sebastianel se quedó observándola junto a la otra chica, ambos asombrados por aquel repentino comportamiento.

—¡Que borre su número! ¡Que borre su número, será... será puta!

—bramó Laura, mientras caminaba a toda velocidad calle abajo.

—Uf, chica, frena el paso que soy guapo pero estoy en baja forma.

—No freno nada, ahora vamos a por ese cabrón. ¡Quiero verlo muerto! ¡Muerto! ¡Bailaré un pasodoble sobre su cuerpo inerte!

El demonio que seguía su sombra dio unos pequeños saltos y se puso delante de su invocadora, cortándole el paso. Apoyó un brazo sobre los hombros de ella y se llevó otro al pecho.

—Mortal, tanto ejercicio mañanero me va a enviar de vuelta a casa. Ni siquiera nos hemos quedado a ver si el veneno hacía efecto. Va, calmémonos un rato. Vamos a calmarnos, eh.

—¡No me calmo! ¡No! ¡La odio! ¡A ella y a él y... a mi misma y a todo el mundo! Ella tan arreglada, con su trabajito y sus sándwiches de mierda ¡Quiero verla arder, quiero verlos arder a los dos! ¡Quiero ver arder esta calle, y a esa señora y a ese perro!

—Uf, cuanta envidia. Cuantos celos, cuanto odio reprimido. ¡Qué locura tan arrebatadora e imprevista! ¡Ha brotado de ti como un caballo salvaje!

—¡No me hables de caballos, también me tienen harta ya! ¡Odio el Regio corcel, lo odio con todas mis ganas!

—Madre mía, puedo notar el peso de todo ese odio dentro de mí...

—Yo también... —reconoció Laura, agachando la cabeza y bajando la voz por un momento, en un gesto de derrota —¡Y lo odio, odio tantas cosas que no puedo ni... explicarlo! ¡AH! Pero sobretodo, la odio a ella ahora

mismo.

—Ah, qué envidia tan ardiente. ¡Vas a conseguir enamorarme!

—¿De verdad? —preguntó ella tímidamente.

Sebastianel esquivó su mirada girando los ojos a la izquierda. Luego volvió a mirarla.

—No. Qué asco los humanos.

—Pues sí... no te voy a decir que no a eso.

—Venga, ánimo vamos a por tu poeta muerto. Antes que nada tenemos que acordar un plan para deshacernos del Señor Bigotitos.

—¿Qué? ¡No! —exclamó ella asustada.

—No me refiero a matarlo, que crees que soy ¿Un monstruo? Sólo los monstruos matan gatitos. Tienes que llevártelo del piso o mi veneno no tendrá efecto y yo no podré entrar. Y déjame decirte una cosa, no me he pegado toda la noche haciendo eso para ahora no ver a un mortal sufriendo en agonía.

—Vale. Improvisaré.